



Arxiu històric FUNDACIÓ JAUME BOFILL

¿Hay salida a la crisis?

Joan Majó Cruzate

DESEMBRE 1993

FUNDACIÓ
Fundació
JAUME
Jaume
BOFILL
Bofill

HAY SALIDA A LA CRISIS ?

JOAN MAJÓ I CRUZATE

Barcelona, Diciembre de 1993

Hay que empezar el análisis partiendo de la base de que estamos en crisis. Esto es algo evidente para casi todo el mundo. Pero lo es mucho menos la naturaleza de la crisis. Y por ello hay que empezar definiendo las características de la crisis, su especificidad.

Esta no es una crisis económica de tipo coyuntural ligada a las conocidas oscilaciones cíclicas. Para distinguirla de ellas, los economistas acostumbran a usar la palabra "estructural" que pone de manifiesto que la crisis comporta cambios más profundos.

Yo pienso que en este caso esta descripción todavía se queda corta.

Para mí, esta crisis, la que yo llamo "la crisis del 93", tiene dos características especiales, que hay que analizar para poder comprenderla: en primer lugar, es una crisis que tiene una doble dimensión, política y económica; en segundo lugar, es una crisis específicamente europea.

Estamos en un momento de crisis económica y estamos también en un momento de crisis política. Ambas dimensiones son interdependientes y se realimentan mutuamente. Sería interesante discutir si una ha provocado la otra y cual de las dos ha sido la primera, pero lo que es evidente es que viajan juntas y, lo más importante, que no se resolverán por separado.

Vivimos pues en Europa una crisis profunda que tiene a la vez un origen económico y un origen político. Es el resultado de haber explotado durante 1992, dos problemas ya existentes de antiguo, pero mantenidos tapados, y por tanto, sin resolver desde hace años.

Son dos problemas que se han agravado últimamente como consecuencia de los cambios mundiales de los primeros años noventa, y que en el 92 han estallado con fuerza respondiendo a dos chispas que han "levantado la manta" que los tenía artificialmente encubiertos.

Estas dos chispas tienen nombres propios que gozan ahora de gran popularidad: Maastricht y el Bundesbank.

La crisis política europea ha aflorado como consecuencia de las dificultades, y hasta las peripecias, en los procesos de ratificación del Tratado de la Unión Europea que se firmó en Maastricht, y que empezaron con el "no" del pueblo danés al mismo.

Igualmente, la crisis económica se ha puesto en evidencia como consecuencia de las medidas que el banco central alemán ha debido tomar para hacer frente a las dificultades financieras y monetarias del proceso de reunificación alemana y que han sido un elemento que ha contribuido a la recesión económica y al mismo tiempo a la inestabilidad monetaria.

Ni Maastricht ha sido la causa de la crisis política, ni el Bundesbank ha provocado la crisis económica, pero tanto uno como otro han sido las chispas que han obligado a no poder seguir viviendo sin hacer caso y sin dar solución a los dos problemas que ahora voy a examinar.

La crisis de Maastrich

El debate, normalmente complejo, y a veces hasta surrealista, que ha acompañado en varios países europeos, la ratificación del Tratado, ha puesto de evidencia un problema de fondo: la profunda divergencia de objetivos y de metas en la construcción europea.

Esta divergencia viene de lejos. En los años 50 dió lugar al nacimiento de dos organizaciones distintas (la CEE y la EFTA), y no tiene nada que extrañar que los dos países que más dificultades han tenido en el proceso de ratificación hayan sido Dinamarca y el Reino Unido, que siempre se alinearon en las tesis EFTA.

Esta divergencia no se ha resuelto. Más bien se ha querido pasar por alto y desde hace años estamos construyendo algo, sin habernos puesto de acuerdo en lo que queremos construir.

Desde el origen han coexistido, o mejor convivido, dos tesis distintas, dos concepciones diferentes de lo que debía ser la futura construcción europea. Dos tesis que para simplificar se han denominado "concepción librecambista" y "concepción federalista". Dicho en otros términos, ha habido los partidarios de un espacio europeo puramente económico, frente a los defensores de una cierta unión política. Para los primeros, el objetivo esencial y casi definitivo era el mercado único, con la desaparición de las barreras arancelarias y comerciales y la libertad de movimientos de las mercancías, los capitales y los servicios, y también la libertad de movimiento de las personas, sobre todo en su dimensión económica, más que como ciudadanos.

Los partidarios de la unión política, los federalistas, creen que hay que ir más allá de una simple unión comercial, de un simple espacio de libre-cambio, y propugnan además de una Europa económica, también una Europa social y en algunos aspectos una Europa política.

Lo hacen, o lo hacemos, basados en el convencimiento de que sin mecanismos institucionales que permitan establecer elementos de solidaridad entre áreas con distinto grado de desarrollo, o elementos de coordinación y consenso en las políticas monetarias, sociales y fiscales, y sin mecanismos de ciudadanía y democracia a nivel supraestatal, la libertad comercial no funcionará adecuadamente, y en cualquier caso no garantiza que se haga en beneficio de todos.

La no resolución de este debate ha provocado ambigüedades, incertidumbres, y sobre todo una gran lentitud, ya que es notorio que cuando un grupo desea llegar a un sitio conjuntamente, ha de avanzar forzosamente a la velocidad del más lento de sus componentes.

Hoy día estas incertidumbres han hecho crisis. Tradicionalmente, el bloque franco-alemán con el Benelux y los países mediterráneos se han alineado con las tesis federalistas, mientras que el Reino Unido y los países nórdicos han estado más cerca de las posiciones simplemente comerciales. Hasta hace poco, el motor franco-alemán ha mantenido el impulso y ha garantizado el avance frente a las resistencias, pero últimamente estas se han incrementado y la propia posición alemana se ha debilitado como consecuencia de la reunificación y de la liberación de los países de la "mittel Europa", que añade nuevas opciones a la política alemana. Las perspectivas de ampliación de la comunidad a varios países escandinavos, de hacerse sin la eliminación previa de las ambigüedades, convierten en más oscuro el futuro, y puede diluir definitivamente las posibilidades de una futura unión política.

Ello es grave para Europa, pero es especialmente grave para los países del Sur, que si bien son claramente beneficiados por los efectos de la integración, lo son en menor medida que los países más industrializados del Norte, y son por tanto los que más precisan de mecanismos internos de solidaridad, de redistribución y de participación política en la toma de decisiones que repercuten sobre la totalidad de los países de la comunidad.

No es posible ni conveniente seguir manteniendo por más tiempo la ambigüedad. Una vez ratificado el tratado de la Unión Política (éste es el nombre del tratado firmado en Maastrich), hay que asegurar su implementación, que no está plenamente garantizada en este momento, y hay que hacerlo además con espíritu de ir a más, como se ha hecho siempre en la historia de la comunidad.

Este nuevo impulso para aplicar lo pactado y avanzar más, será bastante difícil pues, desgraciadamente, se han creado y fomentado últimamente y en algunos países demasiados tabús antieuropeistas. Por ello es lícito preguntarse si existe hoy día en el seno de los diversos gobiernos europeos y en las propias instituciones comunitarias el coraje y la capacidad de liderazgo necesarios para ello.

Termino aquí el análisis del primer aspecto de la crisis. La salida de la crisis económica precisa, además de muchas actuaciones a nivel nacional, medidas claras a nivel europeo que reorienten el conjunto de las economías y ofrezcan expectativas claras a la inversión productiva. Frente a esta necesidad, la construcción europea está agudizando sus ambigüedades y se debate entre la indecisión, el voluntarismo y la impotencia.

Sin una solución a la "crisis política europea" será mucho más difícil encontrar la salida a la crisis económica de la que ahora voy a hablar.

La crisis económica europea

No es necesario insistir una vez más en el carácter no coyuntural de la crisis actual. Todos estamos de acuerdo en que tiene aspectos más profundos.

Es por ello que no sirve de nada ponerse a esperar el relanzamiento y la vuelta a la pendiente alcista del ciclo. Y mucho menos confiar en que unas cuantas medidas monetarias o fiscales (que por otra parte son imprescindibles) van a ser suficientes para salir de la crisis. Tal vez permitirán una reactivación modesta, que dará lugar a una recuperación cíclica de muy corta duración, para volver en un par de años a estar en lo mismo...

La recuperación estable sólo puede ser la consecuencia de hacer frente a un grupo de problemas que el malestar actual ha puesto de evidencia y que desembocan todos ellos en una consecuencia común: el desempleo.

El problema fundamental de la Europa actual es que el desempleo no es un proceso cíclico sino acumulativo. Cada etapa de recesión provoca paro, pero cada etapa de crecimiento no crea empleo. Lo primero es comprensible: lo segundo es el origen de nuestras dificultades.

La consecuencia de esta dinámica es que desde hace más de veinte años, en los que hemos asistido a por lo menos tres ciclos de recesión-recuperación, las pérdidas de empleo de cada una de las etapas descendentes se van acumulando a las de la etapa anterior y por lo tanto, aunque las oscilaciones del crecimiento de la economía se pueden representar con una curva que alternativamente asciende y desciende, la curva que mide el desempleo mantiene constante una tendencia ascendente, que no se quiebra a pesar de las épocas de crecimiento.

Es necesario analizar cuales son las razones estructurales de la economía europea, y en especial de algunos países, que explican este fenómeno, que yo sintetizaría así: a las economías europeas les cuesta crecer, pero aún creciendo no son capaces de crear el empleo suficiente para evitar el aumento del paro.

Voy a analizar las causas, que también quiero sintetizar así: son el resultado combinado de la globalización de los mercados y de la evolución de la tecnología.

Globalización de los mercados

El primer elemento del problema es la dificultad de hacer compatible la liberalización de los intercambios comerciales a nivel mundial con el mantenimiento del nivel de salarios para los puestos de trabajo menos cualificados en los países más desarrollados y con un alto grado de protección social.

La presión combinada de la evolución tecnológica en los sistemas de producción y la apertura de los mercados a la competición mundial, conduce a que los puestos de trabajo industriales no cualificados de los países ricos no puedan mantener un nivel de salarios sensiblemente superior al de los obreros no cualificados de los países pobres.

Frente a esta presión, algunos países desarrollados, y muy especialmente los E.E.U.U., han optado por dejar caer los salarios reales manteniendo un empleo precario y mal retribuido. En Europa, la rigidez a la baja de los costes laborales ha producido como consecuencia la destrucción de los puestos de trabajo no competitivos y el aumento del paro. Es difícil saber cual de las dos soluciones es peor...

En el punto siguiente analizaré otros fenómenos que me permitirán concluir que existen alternativas positivas a este dramático dilema, pero a pesar de tales elementos optimistas me parece necesario extraer ya algunas conclusiones.

Europa es la única zona del mundo en la que se ha implantado, de forma muy desigual, un cierto estado del bienestar caracterizado entre otras cosas por una garantía de retribuciones mínimas, rigideces importantes de protección del empleo y un alto coste de protección social. La competitividad europea en los mercados mundiales está cada vez más comprometida debido a este hecho, y aunque seamos capaces de introducir elementos importantes de innovación y de productividad, hemos de aceptar que la apertura del mercado mundial no es compatible con el mantenimiento del nivel de bienestar actual, en sus aspectos estrictamente económicos. Es necesario revisar el sistema, tanto en su vertiente de protección social como en su vertiente de rigidez laboral. Si no lo abordamos, el sistema explotará por la incapacidad de nuestra economía para financiarlo.

Yo soy de los que piensa que esta revisión debe tender más a la eliminación de los excesos de protección a los que no lo necesitan (las tasas universitarias demasiado bajas son un buen ejemplo de protección excesiva a las clases más acomodadas) que a la supresión de las ayudas a los más desprotegidos. Pero este sería un tema para otro momento....

Es necesario terminar este punto indicando que estoy convencido de que la alternativa de resolver el problema deteniendo la liberalización del mercado, y reinstaurando el proteccionismo, es a largo plazo, la peor de todas. En primer lugar es un simple aplazamiento del problema, que permitiría seguir viviendo olvidándolo, como hemos hecho hasta ahora. En segundo lugar es profundamente egoísta e injusta para con los países del tercer mundo que tienen en su participación en el comercio mundial su única esperanza para un progresivo desarrollo, como en anteriores etapas hemos hecho nosotros. Y finalmente porque, por esta misma razón, sólo sería sostenible, y no por siempre, militarmente.

Esta actitud positiva europea frente a la liberalización, no debe olvidar la necesidad de los reequilibrios internos. La competencia de los terceros países afecta mucho más a aquellos países comunitarios con un nivel industrial menos desarrollado, y por tanto, hay que establecer mecanismos compensatorios intracomunitarios para repartir solidariamente las consecuencias tanto positivas como negativas de la liberalización.

Tecnología e innovación

Mi convencimiento personal es que una de las razones profundas de las dificultades actuales es consecuencia del desequilibrio, en las últimas décadas, entre los grandes avances en tecnologías de producción y la falta de desarrollo en tecnologías de nuevos productos. Ha habido, sobre todo en Europa un defasaje importante entre la mejora de los procesos de producción y la innovación e introducción de nuevos productos.

La situación de crisis que vivimos como consecuencia de la competencia de nuevos países, no es nueva en absoluto, aunque sí más exagerada. Es una situación que históricamente se ha dado en múltiples ocasiones.

Un país más desarrollado puede, a pesar de la competencia de otros, mantener un nivel de salarios notablemente más elevado que sus competidores si el valor añadido per cápita de sus productos es superior, fruto de la mayor calidad de sus productos o de la utilización de tecnologías más modernas que no están al alcance de sus rivales comerciales. Por ello, históricamente, los países van deslocalizando hacia zonas más baratas y por tanto más competitivas, la fabricación de los productos ya maduros y van compensando estas huidas, como el desarrollo y la fabricación de productos más modernos, más sofisticados, con mayor contenido de "inteligencia" que precisan de una mano de obra mucho más formada y cualificada, que no está disponible en los otros países.

Este mecanismo, bien conocido y estudiado, ha permitido que nuevos países (por ejemplo España), se hayan desarrollado sin que los países que iban por delante dejaran de crecer. Han crecido a base de nuevos productos que daban lugar a nuevos mercados.

Este fenómeno es el que no ha ocurrido en el mundo desarrollado, y especialmente en Europa, durante las últimas décadas. La continua reducción de las necesidades de mano de obra industrial, por efecto de los aumentos de productividad que permite la tecnología y como consecuencia del desplazamiento de las plantas de producción a otras áreas, no ha sido compensada adecuadamente con la introducción de nuevos productos o servicios que hayan dado nacimiento a nuevos mercados y a nuevas actividades productivas. Mientras los americanos producen ordenadores y aviones a reacción, nosotros seguimos basando nuestra economía en los coches y los televisores. Y por ello sufrimos intensamente la competencia de nuevos países.

La economía europea está todavía en un escalón más bajo que la de americanos y japoneses. Seguimos fabricando todavía demasiados "objetos" y no hemos asimilado suficientemente el impacto de la incorporación de información y de inteligencia a los productos. Hemos estado excesivamente preocupados en competir vía costes, para lo cual hemos incorporado mucha inteligencia a los procesos productivos, y en cambio no hemos avanzado suficientemente para competir en innovación y en calidad, para lo que hay que incorporar inteligencia al producto y a la gestión.

Las causas de todo ello son múltiples, pero vale la pena citar algunas: insuficiente esfuerzo en educación, falta de la capacitación adecuada en el área científico-tecnológica, rigidez y fragmentación de los mercados, falta de infraestructuras adecuadas a nivel europeo, ausencia de incentivos tal vez como consecuencia de la comodidad del propio estado del bienestar, y sin ninguna duda, ausencia de visión estratégica paneuropea.

Es evidente que nuestros males actuales no se remediarán con medidas coyunturales, sino haciendo frente con el empeño suficiente a este tipo de problemas profundos. Pero antes de intentar extraer conclusiones debo referirme a un tercer problema menos aparente pero aún más difícil.

Los límites del planeta

Hay una situación completamente absurda: la coexistencia de problemas de desempleo masivo por exceso de capacidad de producción en una parte de Europa, con inmensas necesidades de inversión y de consumo en otras zonas de la misma Europa (piénsese en el Este) y en países relativamente cercanos a nosotros.

Este absurdo hace pensar, con razón, que un esfuerzo común programado para impulsar el equipamiento, la modernización y el desarrollo de tales países podría ser una "nueva frontera" que permitiera una nueva etapa de crecimiento y prosperidad a ambas partes del continente, parecida a la que hemos vivido durante la mayor parte de la segunda mitad del presente siglo. No faltan por ello, aunque con más timidez de lo esperable, propuestas de "un nuevo Plan Marshal para la Europa del Este" con una doble intencionalidad a la vez filantrópica y egoísta, pensado en gran medida en abrir "nuevos mercados sectoriales", como antes he puesto de manifiesto.

Este tipo de iniciativas que, creo que tomarán fuerza en los próximos meses, y que tienen a mi entender elementos dignos de considerar, plantean con toda su crudeza un nuevo problema: ¿es posible extender el modelo de crecimiento económico de Europa occidental a más y a más países sin destruir los límites del ecosistema mundial?

Existe actualmente un debate profundo, excesivamente cargado de ideología, sobre si el desarrollo conseguido en los países del Norte del planeta ha producido ya daños irrecuperables en el entorno, cuyas consecuencias se manifestarán a corto plazo. Yo estoy personalmente convencido de que en algunos aspectos los límites están ya sobrepasados. Pero independientemente de que esto se acepte o no, de lo que no hay ninguna duda es de que el planeta no puede soportar que a los mil millones de seres humanos que hoy vivimos en países más o menos desarrollados, se unan próximamente otros mil millones con el mismo nivel de consumo de recursos naturales que tenemos nosotros ahora. El ecosistema estará o no en peligro ya, pero no puede resistir la extrapolación del modelo de desarrollo europeo, y mucho menos americano o japonés, a nuevas zonas del planeta sin evitar el colapso.

Las áreas desarrolladas han sobrepasado en muchos casos los límites "locales", pero además han contribuido ellas solas a poner en peligro los límites "globales", dejando en una situación imposible a los nuevos países en vías de crecimiento.

La consecuencia de esta situación es simple. Cualquier política que comporte como elemento dinamizador de nuestra economía, la promoción de nuevos mercados y el acceso acelerado de nuevos países a niveles más elevados de consumo, supone necesariamente una modificación importante de los hábitos de consumo de los países ya desarrollados. Esta modificación es mucho más profunda y va mucho más allá de las tímidas "medidas ecológicas" que están tomando algunos países europeos y la propia comunidad. (Medidas que encuentran muy poco eco en los EE.UU....)

Algunas pautas para la acción.

Este ha sido un análisis a vuelo de águila, y por ello superficial e incompleto.

Ha pretendido poner en evidencia la naturaleza real y la profundidad de los problemas que están provocando la crisis, en un intento de asegurar que las soluciones sean adecuadas a los mismos.

Con plena conciencia de una necesidad de mayor profundidad, me permito sugerir algunas vías de actuación inmediata.

- * Sería un grave error, aunque previsible, darle a la crisis del 93 un tratamiento de crisis económica cíclica y pretender superarla con medidas tradicionales de tipo monetario o fiscal. Es verdad que estas medidas son imprescindibles, pero si no van acompañadas de acciones en profundidad de reestructuración y de relanzamiento, la recuperación será frágil, corta y falsa, y continuaremos en la pendiente del desempleo, especialmente en los países del Sur de Europa donde se concentra la mano de obra de poca calificación.
- * En un contexto de liberalización del mercado mundial, la alternativa puramente "librecambista" para la construcción europea es un gran peligro para los países del Sur. Si el proceso de construcción de una Europa "solidaria" no prosigue al mismo ritmo que la liberalización comercial, ésta puede ser una gran trampa para las regiones menos avanzadas.
- * Es absolutamente imprescindible aplicar el tratado de Maastricht, a pesar de sus posibles imperfecciones. Pero hay que seguir considerándolo como un punto de partida para ir más allá, aumentando las medidas de cohesión y de reequilibrio y avanzando al mismo tiempo en los aspectos social y político del tratado. Hemos de construir una Europa multidimensional, aunque seamos menos en hacerlo! Si no es posible hacerlo a doce, lo hacemos con un número menor. Esto no excluye evidentemente, una Europa con círculos concéntricos donde cada uno pueda situarse según la decisión de su pueblo, pero sin impedir a otros avanzar más.

- * Hay que concluir la Ronda del GATT. No podemos cerrar (1) comercialmente Europa a los nuevos países del tercer mundo. Hay que concluir y hacerlo en favor de los intereses de estos países, aunque no en favor de los intereses americanos... La finalización de la Ronda Uruguay debe ir acompañada de un compromiso de moderación de la carrera competitiva entre las tres zonas de la "triada" y de medidas internas en la Comunidad para compensar los efectos desiguales del acuerdo en el Norte y en el Sur.
 - * Hacen falta políticas de relanzamiento efectivo más allá de la simple esperanza en la dinámica de los mercados. La Europa comunitaria sigue necesitando una gran cantidad de infraestructuras que "construyan" el nuevo espacio y que aumenten efectivamente la proximidad física e intelectual de sus regiones. Es necesario un plan de "redes paneuropeas" que el sector privado debe construir y explotar pero que los gobiernos deben diseñar y promover. Con los adecuados instrumentos financieros, se debe también dar respuesta a las grandes necesidades de equipamiento de los países del Este y del Mediterráneo para dar solución simultáneamente a problemas de crecimiento y de emigración.
 - * Hemos de moderar los evidentes excesos europeos del llamado Estado del Bienestar, insostenibles frente a las nuevas realidades demográficas y de capacidades de financiación y que además dañan notablemente la competitividad de nuestras economías. Esta moderación debe ser muy selectiva, aplicando criterios de discriminación positiva, y afectando mucho más a las acumulaciones innecesarias de "derechos" por parte de las rentas altas que a las necesidades mínimas de una parte de la población. Debe ser también selectiva entre países ya que, aunque todos debemos aplicarle, es evidente que unos han ido demasiado lejos en prestaciones a las que otros todavía no han llegado.
 - * En todo caso, es seguro que incluso con un crecimiento moderado, el total de trabajo necesario para producir bienes y servicios en las economías europeas irá disminuyendo progresivamente, por el efecto conjunto de la tecnología y de la globalización. Culturalmente este fenómeno debe ser asumido como un progreso y no como un drama. Pero esta renovación cultural sólo se irá produciendo si respondemos a ello con medidas sociales de reparto del trabajo, de flexibilización de su naturaleza y de acceso a la renta a través de la realización de tareas socialmente útiles consideradas hasta ahora no-económicas.
 - * La reacción europea al desafío de la conservación del ecosistema mundial, aun siendo notablemente superior a la
- (1) Con posterioridad a estas notas, el 15/12/93, ha concluido de forma parcialmente satisfactoria la Ronda del GATT.

de los EE.UU. y el Japón, es claramente insuficiente en la perspectiva de un impulso al crecimiento que permita el acceso de nuevos países a un nivel superior de desarrollo.

Una participación responsable en el desarrollo mundial obliga necesariamente a importantes replanteos de nuestros niveles de crecimiento y sobre todo, de nuestras pautas de consumo.

- * A lo largo de la exposición anterior habrá quedado claro que, si bien soy partidario de la libertad de mercado como instrumento más eficaz de asignación de recursos y de generación de rentas, estoy convencido de la falsedad y del peligro de la utopía ultraliberal que quiere dejar a estos mecanismos la mejor solución de todos nuestros problemas. No creo en la necesidad imprescindible del Estado-gestor pero sí creo necesaria su presencia como impulsor de opciones estratégicas en el campo de la economía y como reequilibrador de los resultados del funcionamiento del mercado. Entiendo por tanto que las opciones ultraliberales en el proceso de construcción europea deben ser vistas con mucha precaución y contrarrestadas con alternativas más políticas y solidarias.

Es evidente que unas acciones del tipo que acabo de describir, que un programa de esta naturaleza, va mucho más allá de medidas técnicas o de intervenciones convencionales de las administraciones públicas. Representa, para la sociedad europea un verdadero reto político y social.

A mi entender, y sin querer pecar de pesimista, el panorama político europeo, en la mayoría de sus naciones y en sus instituciones comunitarias, no facilita ni la formulación, ni la aceptación de propuestas como estas.

Es por ello que temo que la crisis actual sea duradera, pues para superarla hacen falta nuevas ideas, probablemente nuevas ideologías, seguramente nuevas formaciones colectivas (sindicatos, partidos...) y consecuentemente nuevos líderes.

Pero las ideas y los líderes los formamos nosotros. Son la emanación y la consecuencia de las opiniones públicas. Y éstas, las configuran los ciudadanos y en gran medida los medios de comunicación. Mientras unos y otros sigan aplaudiendo a quienes irresponsablemente esconden la realidad o prometen lo irracional, o a quienes excitan demagógicamente particularismos locales o corporativistas cerrados en el espacio y cortos en el tiempo, es más difícil la aparición de acciones serias de enderezamiento.

Europa ha sido, a lo largo de la historia, un ejemplo permanente de reflexión crítica, de innovación creativa y de coraje. Más que por ninguna otra cosa, se ha distinguido por su capacidad, casi en exclusiva, de liderazgo intelectual.

Y esas son en definitiva las cualidades que son precisas en este momento. A los que nos resistimos a aceptar la decadencia del continente, que algunos anuncian, no nos cabe duda de que esta vez también encontraremos la imaginación y el esfuerzo necesarios para reaccionar.

Pero ello depende fundamentalmente de los europeos, de todos.